

TRANSTERRADOS Y DURMIENTES

José Federico Barcelona

TRANSTERRADOS Y DURMIENTES


ESDR UJULA
EDICIONES
{COLECCIÓN ETCÉTERA}

Primera edición, noviembre 2022

© José Barcelona Martínez, 2022

© Esdrújula Ediciones, 2022

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores, 4 18004 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: Ana María Botero

Maquetación: Carmen Álvarez

Impresión: Centro Gráfico Digital Granada

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 1597-2022

ISBN : 978-84-126090-1-1

Impreso en España · Printed in Spain

Para mi madre, Soledad, y mi hermana Ana.

A Jose, siempre.

Transterrados y durmientes (*)

(*) Transterrar (DLE): Expulsar a alguien de un territorio, generalmente por motivos políticos.

Durmiente (DLE): 2. *mat. Construcción*. Madero colocado horizontalmente y sobre el cual se apoyan otros, horizontales o verticales.

DE LA MEMORIA I

Transterrados

(LA VOZ Y LA RAZÓN¹)

A Almudena Grandes

In memoriam

Es la hora, así, de que la democracia española y las generaciones vivas que hoy disfrutan de ella honren y recuperen para siempre a todos los que directamente padecieron las injusticias y agravios producidos, por unos u otros motivos políticos o ideológicos o de creencias religiosas, en aquellos dolorosos períodos de nuestra historia. Desde luego, a quienes perdieron la vida. Con ellos, a sus familias. También a quienes perdieron su libertad, al padecer prisión, deportación, confiscación de sus bienes, trabajos forzosos o internamientos en campos de concentración dentro o fuera de nuestras fronteras. También, en fin, a quienes perdieron la patria al ser empujados a un largo, desgarrador y, en tantos casos, irreversible exilio. Y, por último, a quienes en distintos momentos lucharon por la defensa de los valores democráticos, como los integrantes del Cuerpo de Carabineros, los brigadistas internacionales, los combatientes guerrilleros...

LEY DE MEMORIA HISTÓRICA. Exposición de motivos. 2007.

¹ Cuento finalista del XXXIV Premio Internacional de Cuentos Max Aub en 2020. LA VOZ Y LA RAZÓN fue el título con el que se presentó este relato al certamen Max Aub.

No volvimos a saber de Pedrito Odriozola hasta pasados cinco meses de su desaparición. Lo recuerdo porque el día de los Santos Inocentes de 1944, sudando ya la gota gorda, nos aseguraron que estaba sano y salvo, y lo habíamos echado en falta a mitad de julio, cuando andábamos como ánimas heladas sin comprender todavía los tiempos del clima austral.

Se había unido a la Agrupación de Guerrilleros Españoles, exiliados que habían combatido por la liberación de Francia, pero con los ojos siempre vueltos hacia España. Tuvieron la osadía de entrar al país por el Valle de Arán en octubre de ese año, comandados por un jefe de división llamado López Tovar, en una operación que bautizaron *Reconquista de España*, ideada y montada por un iluminado apellidado Monzón.

La noticia nos la trajo un pianista uruguayo, Osvaldo *nosequé*, que viajaba desde Montevideo a Rosario a impartir unas clases magistrales en el conservatorio de la ciudad y nos buscó en el Iberia por encargo de su mujer, Florencia, o María, o María Florencia, ya no recuerdo si Florencia era apellido o nombre, pero sí que era prima de Inés Florencia, que durante la invasión ayudó a los guerrilleros y se convirtió en amante de uno de ellos, un tal capitán Galán. No sé a santo de qué estaba por allí Inés, de familia comprometida con el *alzamiento nacional*, pero estuvo. Se conoce que como Pedrito era músico y llegó de Buenos Aires, sintonizaron, y él le pidió a Inés que, si era posible, nos mandase recado con su prima de que estaba bien, que el momento había llegado por fin, que se había alistado en el ejército guerrillero que iba a acabar con el régimen de Franco y liberar España.

Tan disparatada era la historia que la creímos una inocentada de mal gusto de Pedrito, raro en él, un chico serio, hasta vergonzoso, y pensamos que en realidad estaba en Uruguay, donde había conocido al pianista por su común oficio de músicos y se habían conchabado para que el tal Osvaldo nos gastara la broma. Casi le echamos a patadas del café. Dos días después, cuando Virgilio Llopis, pintor, comunista también, como Pedrito, confirmó todo lo que el pianista nos había dicho y más, le mandamos un telegrama al conservatorio de Rosario disculpándonos. Y ahí fue cuando se nos pusieron los ojos de lechuga y nos quedamos un poco hundidos.

Ese era Pedro Odriozola, amable, sensible, escuchimizado y de apariencia enfermiza, pero de temperamento apasionado e impulsivo. Meses más tarde, cuando nos enteramos del final, la tertulia languideció. De pronto fue como si nos hubiéramos encogido y arrugado. Pero la vida siguió, no había más remedio.

Hubo unos años en los que andar por Corrientes o Avenida de Mayo era como hacerlo por la Gran Vía de Madrid, y entrar en una librería o en el bar Iberia o el Tortoni, ni le cuento, parecía que estabas sentado en el Regina o el Negresco en la calle de Alcalá. Era imposible saborear un carajillo o vagar entre libros sin que se te aparecieran dos, tres o cuatro compatriotas refugiados y estallara un vocerío colosal, surgieran interminables discusiones y la discordia se adueñara de la conversación. ¡Menudas peloterías! Parecía que nos hubieran secuestrado del sentido la razón, la cordialidad y la simpatía. Vivíamos excitados y desorientados. Llevábamos la Guerra Civil en el corazón. Era tal como lo describió con humor, pero no sin razón, Max Aub: fulanito, que era anarquista, congeniaba mejor con un federalista que con un compañero de otra

fracción ácrata... los socialistas de Negrín estaban a partir un piñón con los comunistas, pero a la gresca con sus camaradas *largocaballeristas* o de Prieto... Y por lo que tengo entendido, ahora las cosas no son muy diferentes, ¿verdad?

Después, todo decayó. Entramos en un túnel de melancolía que, paradójicamente, facilitó la normalización. Debajo de los sentimientos que el pasado dejaba en cada uno descubrimos nuestras vidas, y desembocamos en un horizonte abierto donde apreciamos la realidad con más claridad que ofuscación. Seguimos viéndonos, ocupando los mismos rincones, pero nuestras voces, tan apasionadas antaño, se amansaron. Comprendimos que las ideas, o mejor dicho, las disputas ideológicas, no nos iban a resolver los destrozos sentimentales, la pérdida y el vacío. La agitación y conductas que habíamos traído de España, que nos hacían arrojarnos unos contra otros culpas y traiciones como saetas, dejaron paso a una conciencia apesadumbrada y nostálgica, y fue el mismo dolor el que nos detuvo y nos hizo entender que ya era otro tiempo, tiempo de pausa para recobrar nuestra vida, o hallar una nueva, que fue lo que les pasó a muchos. Fuimos encontrando trabajos decentes, casándose quien no lo estaba y formando familias. Y por cierto, ni los más ni los menos nos hemos podido quejar del derrotero que tomaron nuestras vidas, lo que no se puede decir de quienes vivían en la España de la posguerra, que sí lo pasaron muy mal, mucho peor que nosotros. Creo que más que resignación, lo que hallamos fue tolerancia y razón. Menos mal. Tolerancia con nosotros, de cada uno consigo mismo, de cada uno con el otro, de todos con el desconsuelo colectivo.

Había terminado la Guerra Mundial y nadie le echaba cuentas al régimen de Franco, que seguía camuflado en el extremo sur de Europa como un camaleón amarronado desvaído,

color de tierra seca como el país, sin levantar la voz hacia fuera, pero castigando *rojos* y republicanos de puertas adentro. Mientras, en el mundo, todos los ojos cerrados. En esta situación, poco a poco una idea se infiltró entre nosotros y ocupó nuestro ánimo sin ni siquiera cuestionarla, «lo de España ya no tenía remedio». Entrevimos que teníamos que hacernos a otra forma de vivir, con la rabia y las lágrimas por dentro, sin sacarlas al exterior, porque ver llorar a cualquiera producía una congoja angustiada, una empatía formidable, como dirían ahora, y al final rompíamos en llanteras interminables en cualquier conferencia de exiliados, en las tertulias de refugiados o en los encuentros casuales. ¡Vaya espectáculos! Quienes nos acogían, y hablo de los seres humanos, no de las instituciones y gobiernos, que ahí siempre hubo muchas medias verdades y tópicos, esas personas concretas que nos ayudaron ya estaban un poco hartas, me parece. Pero hay que reconocer que su cariño y su generosidad casi nunca tuvo límite, aguantaban silenciosa y discretamente nuestros lloros. Benditos. De los que sí me acuerdo con buen humor es de los camareros, que no tenían pelos en la lengua ni formalidades en la cabeza y, a poco que tomaron confianza con nosotros, soltaban *unas frescas porteñas* que, con el tiempo, nos hicieron reír a todos, y ahí se acababa la jeremiada y el moqueo.

Lo que más se alargó, lo más difícil, fue el gobierno de recuerdos y olvidos. Eso sí que llevó mucho, mucho tiempo, y nunca se saldó bien, pienso yo. Me refiero a comprender que, en nuestro caso, olvidar era una forma de sanación y recordar debía servirnos como una forma de conocimiento y de hacer justicia. Usted me dirá que cómo es eso, cómo definiendo yo el *olvidar*, le diré, la clave está en las fronteras, en esas zonas donde el recuerdo y el olvido discurren rozándose y a

veces entrelazados, hablando el mismo idioma, un dialecto incomprensible que no es palabra de perdón ni de memoria. A veces, cuando el tema de conversación era muy distante o abstracto, era fácil perdonar para olvidar y recordar para seguir viviendo, pero cuando nos afectaba personalmente no sabíamos discernir. ¿Y a qué exiliado no había perjudicado la Guerra Civil en su persona o en la de sus seres queridos?

Le pongo un ejemplo que viene al caso, al padre de uno de Alcoy, en Alicante, lo fusilaron cuando los nacionales tomaron aquella zona, hacia el final de la guerra. Era miliciano de la FAI. La memoria sobre ese hecho ha de ser restablecida, pero resulta que ese padre asesinado por un régimen ilegal, dictatorial y militar se había llevado para fusilar con sus propias manos al cura párroco y al coadjutor de otro pueblo al poco de empezar la guerra, con la acusación de pertenecer a la Falange. Su hijo, que era asiduo a nuestra tertulia, nunca aceptó cabalmente el crimen cometido por su padre, todo lo contrario del que habían cometido con él. Olvidaba uno y recordaba el otro. Pero ¿quién iba a discutir con él? Esto es lo delicado, cómo, cuándo y quién discute con las víctimas de una guerra para establecer la moralidad entre recuerdos y olvidos, cuando tanta necesidad de testimonio moral tiene lo que se recuerda como lo que se olvida.

Le decía que este ejemplo viene al caso porque ese de Alcoy era Pedrito Odriozola, el mismo por el que usted se interesa.

Cuando Osvaldo nos trajo noticias de Pedro, el infortunado ya estaba muerto y bien muerto, pero nosotros no lo supimos hasta pasados seis meses, por San Juan, al empezar el verano. Verano era porque en aquellas fechas estábamos en Francia.

Tras la inesperada visita del uruguayo al Iberia el día de Los Inocentes, supimos por Virgilio Llopis que lo del Valle de Arán había quedado en nada. Nos habíamos hecho ilusiones, créaselo, fantaseando con que algo así se había puesto en marcha, soñando con el inmediato respaldo internacional, el apoyo popular en España y la descomposición del ejército de Franco. Nada de eso sucedió, no hace falta decirlo. Pero lo más intrigante fue que, con toda la propaganda que hicieron de la *inminente reconquista española*, de pronto los voceros oficiales enmudecieron, y Virgilio tuvo que remover Roma con Santiago para enterarse de algo. «Sí, es cierto que hemos entrado en el Valle de Arán; y que nos hemos retirado, por ahora», eso fue todo lo que le dijeron a Virgilio, que fue bien poco, esa es la verdad.

Por eso nos propusimos investigar por nuestra cuenta el paradero de nuestro amigo, y la tertulia, que ya parecía un inverosímil partido, eligió una delegación que viajaría a Europa para tal efecto. Como no eran muchos los ahorros que se podían invertir, la delegación se redujo a dos personas, más que nada para hacerse compañía y, también, porque éramos dos los únicos solteros sin compromiso. Fuimos Aurora Ballester y yo.

Aurora era una profesora de lengua española y literatura, traductora y poeta de calidad, que había enviudado en la guerra y me sacaba ocho años largos por entonces. Digo *por entonces* porque en el viaje nos enamoramos, a la vuelta seguimos juntos y con el paso del tiempo la edad que nos separaba se fue achicando, como suele ocurrir en las parejas. Partimos desde Cabo San Antonio en *el Asturiano*, un buque con patente de paquete postal que nos desembarcó en el caos de Róterdam el diez de junio, un mes después de la Capitulación de Berlín.

Figúrese usted cómo estaba Europa. Eran días de una alegría incontenible entrelazada con miles de tristezas imposibles de disimular. La gente reía y gritaba y desfilaba por las calles, segundos después lloraba por sus muertos y desaparecidos; al cabo, no se sabía qué era qué, si el llanto risa exagerada o las sonrisas muecas de sufrimiento. No fue nada fácil encontrar medios de transporte para llegar a París y viajar después hasta Toulouse, donde estaban algunos de los que habían vuelto del Valle de Arán. Y más difícil aún salvar los obstáculos que nos ponían los funcionarios del Partido con cada pregunta, a cada paso.

Si lo conseguimos, fue porque Aurora era la viuda de José Cazorla, un nombre que el Partido no podía ignorar, y menos Santiago Carrillo, porque ambos fundaron las Juventudes Socialistas Unificadas. Pero José no salió de España. Tras escapar de Albaterra, aquel durísimo campo de concentración, tuvo el valor, o la idea suicida, de volver a Madrid, cuando todo estaba perdido ya, para unirse al maquis con la intención de organizar la resistencia, y allí lo atraparon el verano del treinta y nueve y lo fusilaron en la primavera del año siguiente. Aurora se enteró en Francia, antes de decidir su destino entre México y Buenos Aires. Por fortuna eligió el segundo, animada por Guillermo de Torre, un pilar de *Losada*, y por Paco Ayala, que hacía traducciones para la editorial, y prometieron ayudarla.

Hasta que al fin lo encontramos. Pedrito Odriozola era una lápida en el cementerio de Rapas, en el barrio de San Cipriano de Toulouse. Verlo no lo vimos, como es lógico, pero nos dijeron que estaba allí debajo. Esa fue la versión oficial. La otra, la que nos susurró Charles Mouly, miembro de la resistencia y locutor de Radio Toulouse, era que Pedro y otros muchos no habían podido salir del Valle de Arán, y que a él y una docena más, sin saberse el motivo, los reclamaron los falangistas y los

torturaron hasta destrozarlos antes de permitirles morir. *Je ne sais pas*. Por si acaso, nosotros lloramos ante aquella tumba y dejamos flores. Al día siguiente enviamos un telegrama a la tertulia del Iberia: «Lo hemos encontrado. Pedrito descansa en paz. Se comportó como un héroe. Podemos estar orgullosos».

Lo que nos había contado Mouly quedó para nosotros dos, para Aurora y para mí. Nunca lo dijimos en la tertulia por no echar sal sobre las heridas que cada cual conservaba abiertas. Aurora y yo siempre pensamos que su apellido tuvo que ver con el ensañamiento de los de Falange; el hijo también pagó las deudas del padre con los vencedores, como toda su familia seguiría, de una manera u otra, pagando al régimen durante toda su vida.

Y dígame, señorita, ¿ha venido usted hasta Buenos Aires desde Madrid en el año 2007 a interesarse por estas cosas para una novela?... Pues si a estas alturas se hace necesario conocer historias como esta para reparar la memoria de España, estamos listos... Discúlpeme la broma... Tiene usted razón, es muy cierto que, con el paso de los años, ha emergido otro tiempo, el tiempo de contarlo todo, el tiempo de cumplir con la Historia.

¿Sabe usted qué vamos a hacer, amiga mía? Nos vamos a ir al Iberia a tomar el mejor carajillo del mundo, el que yo enseñé a preparar a los camareros, y allí seguimos hablando.

Este era nuestro rincón. La silla de Aurora, como verá, lleva su nombre... Esta es la que ocupaba Pedrito hasta su marcha... Aquí, cuando venía, que no era demasiado a menudo, se sentaba Paco Ayala antes de trasladarse a Puerto Rico... Todavía sigue dando guerra, ¿eh?, ¡menudo zángano!... cuando vuelva a España le da usted, de mi parte, un buen tirón de orejas, que nunca le faltaron... También aparecían por aquí, de higos a brevas, Rafael Alberti y María Teresa León... Y aquella fuerza gallega, Isabel Ruiz, tan cercana a Aurora y a María Teresa... ¡Ah!, este era el sitio de Clara, y junto a ella, buscando su amparo, se sentaba el doctor Pío del Río Hortega, hasta su temprana muerte de cáncer que él mismo se diagnosticó... Don Pío era gay, ¡en aquellos tiempos!, un hombrecito de frágil y de tímida apariencia, una eminencia, dos veces propuesto al Nobel de Medicina, y amigo de Machado, al que siempre nos recordaba cuando nos arrebatava la pasión y derivábamos al enfrentamiento. «Decía Antonio que el respeto al otro es sagrado... Antonio sugería, persuadía con el ejemplo, proponía el diálogo, nunca la imposición...». Y qué razón tenían el doctor y Machado, qué falta tuvo y tiene nuestro país de diálogo y buen ejemplo, ¿no es cierto, señorita?

Aquí sentados, mascábamos nuestras tristezas y delirios. Hablábamos, vana ilusión, de la esperanza en la recuperación de nuestra España democrática y republicana, pero, mayormente, mascullábamos la desesperanza, que era lo que nos suscitaba la España real de Franco. Leíamos nuestros escritos, unos fieros, virulentos y sarcásticos contra el régimen, que nos estimulaban durante horas o días, arrancándonos con las imágenes y chistes una risa que nos devolvía una pizca de desconcertante

alegría a nuestros corazones; otros, delicados bálsamos madurados para calmar nuestra desazón que tanto nos escocía, y era lo que predominaba en nuestra vida cotidiana. A veces encontrábamos una idea que nos reconfortaba y nos convencía a todos por encima de las demás. Sobre ella conversábamos, escribíamos y a ella volvíamos hasta encumbrarla como un zenit de nuestro grupo. Entonces, la separábamos del parloteo trivial de café y le dábamos un nombre propio al debate, que alguno de nosotros recogía, ordenaba y guardaba en un cuaderno haciéndose depositario de un bien precioso en el que todos nos reconocíamos.

Este fue el caso de uno del que yo me hice cargo, titulado «Vencedores y vencidos». El tema surgió por la intervención indirecta de Borges, con el que había hecho amistad Paco Ayala a través de sus buenos amigos Guillermo de Torre, el editor, y su esposa, la pintora Norah Borges, hermana del gran escritor. Ayala se presentó una tarde, tras una charla con Borges, con el seso reblandecido por un verso de un soneto de Cervantes del primer libro del Quijote, que dice, «Con ser vencidos, llevan la victoria». Formaba parte de la historia contada por un cautivo y, naturalmente, era una frase que ni pintada para hacer mella en nuestras conciencias, ávidas de explicaciones que nos liberasen del derrotismo en el que estaban sumidas por las noticias que llegaban de España, cada día más negras, y por las que no llegaban de la Europa que había vencido al nazismo y al fascismo, pero no levantaba un dedo contra el franquismo. Nada más sacar el tema Paco, con su entusiasmo habitual, se escuchó la voz tranquila de Clara Campoamor, «Para los estrategas, para los políticos, para los historiadores, todo está claro: hemos perdido la guerra. Pero humanamente no estoy tan seguro... Quizá la hemos ganado». Aquellas palabras, tan

directas y certeras, tan reconocibles, nos hicieron enmudecer. Eran de un Antonio Machado avejentado y encorvado, doblado sobre sus pesares en Barcelona poco antes de partir a su exilio en Collioure, cuando el ejército de Franco había lanzado ya la ofensiva sobre Cataluña y todo estaba perdido. Mientras los aviones proporcionados por Italia y Alemania descargaban bombas sobre Barcelona, Machado nos recuerda que quizá después de todo, de alguna manera que no es la guerra ni la muerte, los vencidos militarmente habíamos ganado aquella guerra. Terminé mis apuntes en este cuaderno escribiendo, «España fue el campo de batalla entre el cielo y el infierno. Ganó la guerra el infierno, pero no perdió el cielo su azul, su luz y su estrella, su superioridad moral y democrática, su dignidad en la conciencia de los seres humanos buenos... *Buenos en el buen sentido de la palabra, bueno*, como gustó retratarse Don Antonio». Aún conservo, por supuesto, el cuaderno de nuestras disquisiciones a propósito de este asunto que tanto nos reparó intelectual y espiritualmente. Voy a hacer una cosa, amiga mía, se lo voy a regalar. No veo mejores manos que lo puedan heredar y hacer uso de él. Estas cosas se tienen que conocer, tiene usted razón.

Aquellos excesos de charla y de letras nos hicieron comprender y sentir cosas tan preciosas para nuestra vida y nuestro equilibrio, como la que le he referido. Y de allí vinieron otras, y otras, hasta que descubrimos la necesidad primordial y urgente de la memoria, de su formación y conservación. Algo que, salvo para algunos más inspirados, no nos había parecido todavía trascendental a muchos, porque solo unos años antes nosotros habíamos estado en los refugios bajo las bombas o en el frente. Nosotros éramos historia viva en el presente y aún no teníamos conciencia de nuestra desaparición ni de su

significado, no teníamos perspectiva suficiente para calcular la importancia de la memoria histórica.

Pero algo empezamos a intuir cuando comprendimos que los vivos éramos también los muertos, y que el futuro se empezaba a formar sobre la memoria de los muertos y sobre la tierra de los campos, montes y cunetas secretas que los cubrían con la finalidad de enterrar su recuerdo y las atrocidades cometidas. La angustia que nos ahogaba por la noticia de cada pérdida, como la de Pedrito o la de un hermano, primo, amigo, vecino o colega que desaparecía y era apresado o fusilado, fue encontrando una forma de atenuación en el vínculo estrecho que fuimos creando con los muertos. El régimen buscaba nuestra aniquilación moral. La de todos. Los de dentro, los que padecían a diario muerte, maltrato y humillación, los escondidos, los resistentes; y los de fuera, los exiliados y refugiados. El franquismo nos quiso a todos liquidados a través del exterminio físico de una parte. Nos cinceló el miedo, lo implantó en nuestro organismo como una glándula incansable que producía un pavor inmenso que lo recorría todo, que no dejaba sitio al pensamiento ni a los buenos sentimientos. Empezamos a hablar de ello y a verlo claro, gracias, precisamente, a un raro escrito de Aurora.

En aquellos días, le decía, leíamos constantemente en privado y en voz alta en la tertulia. Quienes escribían poesía o cuentos o puros libelos, los declamaban allí. Otras veces meditábamos un poema de este o de aquella, o de lo que nos llegaba de México, donde habían recalado la mayoría, los *transterrados*, como se dieron en llamar los exiliados españoles, por ocurrencia de don José Gaos. Ellos hacían lo mismo en sus reuniones. Aquellas lecturas en tertulia, servían para reconocer sentires y expresarnos humanidad, también para dar consejos,

hasta para hacer crítica, y algunos, tan humildes, o tal vez abrumados aún por el peso del credo colectivista que se vivió durante la guerra en la España republicana, llegaban a corregir sus escritos para acomodarlos al parecer más general. De alguna manera, se levantó un puente de tránsito entre Buenos Aires y Ciudad de México, y a cada lado refugios sentimentales, islas españolas republicanas liberadas, con emisarios y todo, que solían ser casi siempre los mismos, los más nombrados, que viajaban invitados por universidades o certámenes gracias a su talento y sus mayores merecimientos. Aquellas tertulias eran nuestro rincón de afecto y amistad, servían a nuestro espíritu como un tratamiento medicinal. Nos reconfortaba escuchar la voz emocionada. Era sanador conmoverse con las palabras recibidas, digerirlas íntimamente y volver a ellas para conversar en el grupo con un carajillo, un café o un güisqui delante. Fue una experiencia redentora.

Recuerdo que era la tarde de un sábado. Recuerdo la hora, el momento exacto. El lugar que cada cual ocupaba. Las prendas largas, espesas y oscuras con que nos cubríamos, exteriorizando sin proponérselo el luto del alma, las bufandas y los sombreros colgados. Era julio otra vez, como cuando desapareció Pedrito. La humedad era muy grande, se metía en los huesos. Un cielo frío y denso, blancuzco manchado a pardos jirones, entristecía Buenos Aires y parecía elevarse y alejarse de nosotros como nunca.

Aurora y yo entramos en el Iberia frotándonos las manos, despojándonos de la primera capa de ropa, saludando desde la distancia. Lo veo todo como si conservara el negativo de una fotografía dentro de mi cabeza, en la cara interior de la frente. La escena aún me persigue de cerca después de tantísimos años.

Pero, así de golpe, no recuerdo el año con seguridad, ¿se lo puede creer usted? Espere... sería el cuarenta y siete, porque unos meses después llegaron Isabel y los niños.

Aurora no me había dicho nada. Sacó unas hojas del bolsillo derecho de su abrigo. Escritas a mano con su letra pulcra y menuda organizada meticulosamente sobre el papel, sin tachaduras. Aurora no me había contado que traía un escrito para la tertulia. Si le digo la verdad, yo me contrarié un poco por el detalle. Pensé que serían unos versos mientras mantenía dobladas en su mano las hojas, pero me sorprendió una vez más cuando anunció que era un cuento. Y yo serio y estirado como un palo. Me miró, lo comprendió, sonrió y me hizo un guiño. Desdobló los papeles y... Perdóne la emoción, es que lo recuerdo todo tanto, lo recuerdo tan bien... Desdobló las hojas y, entre los últimos murmullos que desaparecían, empezó a leer.

Es dura y seca. Tierra agrietada por el sol y la escasez.
Pero no ahora.

Un aguacero lleva días descargando sobre este lugar perdido de la mano de dios, entre Málaga y Granada.

El barro blando se remueve con un temblor que viene de abajo.

La noche guarda secretos. La noche es un secreto.

Periago, Malaspatas le llaman desde que un perro del amo le destrozó el pie izquierdo y se comió dos dedos, echa a andar y camina renqueando con sus recuerdos vivos, silenciados pero no olvidados.

Su memoria se levanta con él,
como él, insegura, pausada, aturdida.

Se derrama frágil,
como la escarcha plateada del alba.
Prosigue, abriéndose camino a duras penas,
como el arado entre los terrones ocres
abrasados por el sol de mediodía.
Cae y deja huella escrita,
como gotas de sudor sobre la tierra reseca
al atardecer.

—Amigo, ¿sabe usted dónde estoy?

—Cerca de Torre del Mar, señor.

¡Ay! ¿A qué me trajeron tan lejos?, piensa Periago. ¿Y cómo vuelvo yo ahora a mi casa?, pregunta.

—Eso depende de dónde esté su casa, señor.

—Allí por Marbella.

—Siga andando a poniente, señor... Ya pasaron docenas como usted... Se los encontrará en el camino, o naciendo de las cunetas.

—¿Y cómo es eso?

—Son los afusilados, señor. Los mataron con prisa, de noche. Los enterraron en cualquier lado, se nota por los caballones que salpican el camino, en las cunetas, en las vaguadas... La noche guardó el secreto a los muertos y ahora están saliendo. El agua los devuelve con los vivos, como le da vida a la tierra. También a usted, señor.

—Ya no me acordaba, pero, ahora que lo dice, recuerdo las luces del camión detrás del pelotón llenándome los ojos. Sus sombras escupiendo fuego es lo último que vi. Ni los ojos nos taparon.

—Ya se lo digo yo, en la noche quedó el secreto.

—¿Y usted?

—Yo *na...* Me dieron por muerto, y hasta yo mismo me lo creí. Me enterraron tan mal que, cuando se fueron, pude salir de la fosa, y fue cuando prometí que daría cuenta de lo visto hasta que me muriese de verdad. Pero ahora que ustedes están saliendo, mejor les encamino porque vuelven todos muy desorientados.

—Normal, digo yo... En fin, ya no molesto más, amigo. Me pongo en marcha, a ver si me encuentro alguno de por allí y nos hacemos compañía en el camino. Tenga usted buenas noches.

El camino es largo, solitario y trabajoso de andar bajo la lluvia, en la noche.

Se acuerda Periago de cuando era joven y trabajaba las tierras del marqués, que no era marqués ni nada parecido, pero le agradaba que lo nombraran con ese mote porque por allí hubo uno de verdad, el Marqués del Duero. Sentía un regusto de superioridad. No era más que un *desgraciado* que se distinguió por su maldad, amparado por otros tan ruines y oportunistas como él. En el bar, o durante las faenas en el campo, o sentado bajo el porche detrás de la mesa en que pagaba el jornal, el marqués los miraba con la sonrisa altiva y arrogante que los hacendados dirigían a los muertos de hambre. Trabajó para el marqués como un esclavo. Era inhumano, pero él era duro, doblaba el lomo y sufría como un animal. También sufría como un ser humano sometido y humillado. Aprendió a soportar las tres dolencias, la del alma, el dolor del cuerpo y el hambre.

—¡Eh! ¡Eeeh! Écheme una mano, hombre... ¿No ve que no puedo salir?...

—¿Dónde?

—Aquí, en la cuneta...

—Perdone usted. Es que con la lluvia y en la oscuridad no veo tres en un burro. Vamos allá...

—¿A dónde va usted? Si puede saberse...

—Pasado Marbella, a San Pedro de Alcántara. Allí tengo a la mujer y a la hija y seguramente algún nieto, porque estaba preñá cuando nos separamos. ¿Y usted?

—Me quedo antes. En El Palo. ¿Usted también salió con *la desbandá*?

—No sé qué me dice. A mí me cogieron en enero del treinta y siete. Defendíamos el paso del Guadalmina de los regulares de Marruecos y los fascistas italianos que venían con el ejército de Queipo. Un paseo para ellos. Mala suerte para nosotros. Antes del verano, los de la CNT y el PCE habían expropiado y me dieron un cacho de tierra, de la tierra de uno al que llamaban el marqués. Dijeron que me pertenecía por trabajarla. De ahí les cogí simpatía, y ya no pude negarme cuando me pusieron un fusil en las manos y me pidieron que los acompañara porque tocaba defender la república. Me pillaron unos legionarios escondió entre las cañas y, después de darme hostias hasta en el cielo de la boca, me llevaron con ellos de señuelo, por delante, por si había tiradores, hasta que entraron en Marbella. Allí me dejaron en la cárcel. Luego nos mudaron a un colegio porque no cabíamos en celdas ni calabozos. De vez en cuando sacaban a unos pocos, que ya no volvían. No nos enterábamos de *na*. Una noche me montaron con diez o doce más en un camión, diciendo que nos llevaban a Málaga a juicio, pero echamos más horas que si fuéramos en burro, el viaje no acababa. To era mentira, era *p'afusilarnos*.

—¡Ah! Entonces no sabe usted *na* de *la desbandá*...
Como viene de Torre del Mar, yo me creí...

—Cuénteme hombre, cuénteme. Tenemos un buen trecho juntos, y *to* lo que sea saber lo que pasó...

—Pues pasó que mataron a miles, por tierra, mar y aire, los muy cobardes. Sería poco antes de que *lo afusilaran* a usted. En febrero entraron a Málaga, por la carretera del Este, los blindados italianos a toda marcha. Nos tenían encerrados completamente por el Norte, avanzaban desde Ronda, Antequera, Loja y Zafarraya, y podían habernos cerrado por el Oeste también, pero dejaron abierta la carretera hacia Almería, para que la gente tuviera una salida... con su mala intención... Málaga estaba llenándose con los huidos de todas partes, de Ronda y la serranía, de la parte de Granada, de Estepona y Marbella... Venían aterrORIZADOS con lo que habían visto hacerle a sus familias y vecinos los tercios de regulares de Marruecos y las tropas fascistas de Mussolini. Temíamos la represión, teníamos el pánico metido dentro el cuerpo, y no era para menos, a diario nos sobrevolaban los cazas italianos y alemanes, los bombarderos, y enfrente, en el mar, vigilaban los cruceros Cervera, Canarias y Baleares. La ciudad estaba sitiada y una multitud de más de cien mil se lanzó en *desbandá* por la carretera de Almería. Un río de vehículos, animales y personas, como una serpiente de kilómetros a lo largo del camino, ocupando los campos, arreando con lo que cada cual podía llevar en las manos por la única salida que creímos abierta. Una ratonera... De vez en cuando nos tiraban regalitos, pero a la altura de Torre del Mar se desató la masacre. Disparaban obuses desde los montes. Bombardeados desde el cielo y el mar, ametrallados por los cazas,

la muerte llegó invisible. Solo podíamos tirarnos al suelo y esperar. Murieron miles, miles, miles... Casi todos civiles.

—Dios mío... ¿Qué habrá sido de mi mujer y de mi hija... y de mi nieto, si nació?

—Apriete el paso, hombre, vaya a su encuentro. ¡Ah! Yo me llamaba Jacinto Doblas, me decían *el Boqueras*...

—Y yo era Periago, *el Malaspatas*. Buena suerte, amigo.

—¡Abre, mujer, que soy tu marido!

—¿Periago?... ¿Qué haces aquí? ¿Tú no estabas muerto?... Aunque a qué me voy a extrañar, dicen que los muertos van llegando poco a poco todas las noches, pero a ti no te esperaba... ¿A qué vienes ahora, hombre?, ¿A traer más sufrimiento?... Pasa, pasa, antes de que alguien te vea y me denuncie.

—¿Tuvimos un nieto?

—La tenemos. Ahora duerme. A la madre no la busques, la ametralló un caza en una pasada por el Rincón de la Victoria, cuando la desbandá. Fue la única ese día. No pudo tirarse al suelo porque ya estaba para parir. Un blanco fácil. La niña nació cuando a ella la cosían las balas, agarrada a un poste de telégrafo. Ni después de muerta se soltó del palo, aguantó en pie hasta que le sacaron a la cría, hasta pa eso era comunista. A uno se le ocurrió que la niña debía llamarse Esperanza, y con Esperanza se quedó. Yo hubiera querido ponerle Caridad o Rocío, pero qué se le va a hacer, nunca vino nada como yo quise... Después de aquello la enterramos allí mismo, como pudimos, y yo me volví. ¿Cómo iba a seguir en la carretera con la recién nacida?... Mejor, porque con lo que pasó después en Torre del Mar...

—Ya *m'enterao*.

—¿Ya?... ¿Quién te contó? ¿Los muertos?...

—No. Uno que hace guardia por allí y ayuda a *desparbilarnos* cuando nos desenterramos y salimos fuera otra vez... Él mismo salió de su fosa al poco de que *lo afusilaran*. Dice que a él no lo han *matao*, que se libró por mala puntería, pero lleva un agujero en la frente más grande que una perra gorda. Ya me dirás si está muerto o no... O quizá fue otro el que me lo contó... uno de El Palo con el que me topé en el camino. Ya no *m'acuerdo*.

—¿Y a qué vuelves de la muerte, Periago? No ves que me dejan vivir solo por la niña, y porque la hija y tú estáis muertos... Nos vas a traer la ruina, Periago.

—Mujer, yo solo quiero que sepáis lo que me pasó, que lo supiera mi hija, que se lo contéis a la nieta, no vaya a oír por ahí de moza que su abuelo fue un criminal o un mal nacido del que tenga que avergonzarse... Y que me enterréis con mis padres en el cementerio, como a cualquier persona de bien... que se sepa dónde estoy, cuándo nací y cuándo me mataron, que no me morí de pulmonía ni de hambre, que me *afusilaron* esos... Es lo único, mujer. Tampoco pido tanto, un sitio pa que me lloren, unas flores de vez en cuando, un recuerdo bueno que guardar...

—¡No digas tonterías, Periago!... ¿Cómo te vamos a hacer entierro ahora?... Si se me ocurre decirlo, a quien entierran es a mí... Dale tiempo al tiempo, Periago, que ahora no está el horno para bollos.

—Tiempo al tiempo... ¿No ves que yo ya no vivo en este tiempo, mujer?... ¿Que hemos salío *na* más que *pa* que se haga justicia y no se olvide lo que ha pasao en cada pueblo, en Málaga, en la carretera de Almería, en España entera?...

¿No ves que con nosotros entierran también las palabras que cuentan todo el mal que están haciendo?... y la voz de los vivos *arrecogía* en sudarios de miedo... los vivos sin voz... sin voz... eso es lo que quieren, ¿No lo entiendes, mujer?

—No me calientes la cabeza, Periago. Yo guardo tus cosas, bien escondías, eso sí... Ni a ti te diré dónde están, que tienes la lengua muy larga... Pero ahora lo primero es la cría, tu nieta, esa es la memoria de mi hija y lo demás son zarandajas... Ya le contaré y le enseñaré yo a ella cuando sea el momento... Y ahora dime, ¿vas a traer tú la leche, el pan y las habichuelas?, ¿vas a calentar tú el otro lao de mi cama? *Pos* si es que no, ya puedes estar yéndote por donde has *veníó*... Me ha *dao* alegría verte y hablar contigo, no te voy a decir que no, pero ya amanece y yo tengo que dedicarme a la vida de los vivos.

—Razón no te falta... Déjame que la vea mientras está dormida... ¡Qué bonita! Ojalá esto dure poco y la niña crezca en otro país...

—¿En otro país? Pero a ti ¿qué mosca te ha picao? La niña crecerá conmigo hasta el día que se case, como yo, de eso puedes estar seguro... que bastante tuvimos con su madre.

—No, mujer, quiero decir en este país con otra gente, con libertad, con trabajo, con humanidad y compasión, con alegría... Bueno, mujer, adiós. Cuidaos mucho.

—Adiós, Periago. No te tomes a mal lo que te dicho, que bien sabes lo que yo te he *querío* y que te guardo respeto y memoria.

—Lo sé, mujer... ¿Y dónde voy yo ahora?...

—¿Habéis pensao en contar vuestras historias a quienes escriben los libros?... Las páginas de los libros saben guardar los secretos mientras hace falta, y descubrirlos cuando se quiera donde más se necesita.

—Hablaré con los muertos... Algo tienen que hacer los vivos... algo tienen que hacer. Cuídame la nieta, cuéntale quienes fueron su madre y su abuelo, y quiénes sus asesinos. Adiós, mujer. Yo también te he *querío*.